

LA ESPERA*

Por Alvaro Menén Desleal.

La venía vigilando desde que era una mocita insignificante. Aún antes de que le apuntaran los pequeños pechos morenos, de que trocara los saltos infantiles por la actitud plenamente femenina que lucía ahora —pese a sus escasos catorce años—, los ojos claros y fríos del amo se habían fijado en ella. Cuando pasaba por el solar de la casona, rumbo al pozo, el cántaro en equilibrio sobre la cabeza orgullosa, sentía ella con una sensación obscena que ese hombre le tocaba el cuerpo con la mirada, le recorría las piernas y los muslos, se detenía lúbrico en las caderas, le estrujaba los senos. Él, sentado en la hamaca, con un vaso de licor en la mano, acariciando el perro lobo con la bota, la hacía apresurar el paso, en crisis de azoro y repulsa. Pero nunca le dijo nada. Nunca se dijeron nada. Y así pasaron los años, él bebiendo, ella creciendo, su padre trabajando en las plantaciones; pero, más que todo, ella creciendo y él acariciando con la mirada.

Hasta que llegó un momento en que la mirada no bastó. Hasta que llegó, pues, *este* momento.

—¡No, señor...! ¡No, señor...!

No pudo resistir mucho rato. Hecha jirones la ropa interior, sangrante, golpeada más del alma que del cuerpo, mordiéndose la mano humedecida por el llanto, el pelo sobre la cara, no acertó sino a repetir “¡Señor...! ¡Señor...!” Y lo siguió repitiendo sin

* “La Espera” obtuvo Primer Premio en la rama de cuento en el I Certamen Cultural patrocinado por la Asociación de Estudiantes de Humanidades (AEH), 1961.

saber ella misma si le llamaba así al hombre que, satisfecho, los ojos vidriosos, salía del rancho abotonándose la ropa, o al Ser que tanto invocaba ella en sus oraciones.

Pero calló. Naturalmente eso se esperaba de ella: que callara. El silencio era parte de las reglas del juego. Siguió yendo al pozo, evitando, eso sí, pasar frente a la casona; siguió su padre en las plantaciones; siguió el amo en la hamaca —su arco iris de comodidad— con el vaso en la mano, con el perro bajo el pie. En su silencio largo sintió ella que se detenía su crecimiento, que se estratificaban sus músculos, sus huesos, bajo esa piel morena que gritaba por todos los poros su condición de mujer. Unos pocos meses más tarde, esa condición de mujer fue demasiado evidente.

Y, al exigírselo su padre —brava arruga de rubor y dignidad campesinos— no le quedó más remedio que romper su silencio.

o O o

Felipe tenía buenas razones para sentirse agradecido de la vida. Al morir su padre —deceso que no lo llenó de luto—, abandonó la Universidad para atender la hacienda y, contra todas las predicciones, hizo crecer el caudal hasta un nivel increíble, llegando a los linderos del ensueño al casarse con otra rica heredera de quien, para colmo de felicidades, no había tenido dificultad alguna en separarse sin pleitos molestos, sin engorro de tribunales, sin siquiera mezquinas mensualidades para mantención. El divorcio había llegado a él como le llegó el matrimonio: como una simpática experiencia más. Al parecer, sus dos hijos —uno en Europa, el otro en una Universidad norteamericana— no habían sufrido nada por esas *experiencias* paternas, y todo parecía indicar que iban por el mismo camino de suerte.

Desde su hamaca Felipe miraba pasar el tiempo, la vida y los centenares de peones que sudaban para él, y no dejaba de sonreír pleno de dicha al pensar que, si bien los precios del café crecían y crecían en los mercados internacionales, no por eso tenía él forzosamente que aumentar jornales. Casi por vicio acostumbraba solicitar un amplio crédito para sufragar los gastos de la cosecha, y casi por vicio los bancos se lo otorgaban. Pero no tenía necesidad de dinero. En realidad, si no fuera porque esos malditos caporales y trabajadores le robaban, tampoco tenía por qué permanecer en

la propiedad. Al principio le pareció un esfuerzo excesivo y cuanta vez podía tomaba pasaje a cualquier centro internacional de turismo donde jugaba, se emborrachaba y se acostaba con mujeres rubias que le borraban por un rato el empalagamiento propio del exceso de criollas morenas.

No le extrañaba a Felipe la ausencia de las veredas de aquella chica violada. Era una historia vieja, una anécdota que había vivido muchas veces, esa de tomar por la fuerza a las adolescentes hijas de los rancheros, sin que ocurrieran complicaciones y resolviéndose todo con un simpático matrimonio de la muchacha con algún mozo de las cercanías. Era vieja también la historia de que le nombraran padrino en esos matrimonios, a lo que él accedía siempre gustoso en nombre de la igualdad y la democracia. En honor al padrino, más tarde, el primer hijo tendría los rasgos del patrón. Pero nadie reclamaba por eso y hasta lo tomaban a orgullo porque el patrón estaba físicamente bien formado. El no volvería a tocar esas mujeres, y sería generoso al subir en unos centavos el jornal del mozo casamentero.

Felipe gustaba además de esas fiestas rurales, y procuraba que se concertaran matrimonios con alguna frecuencia. A veces, cuando se aburría más de la cuenta, los concertaba él mismo, bajo el simple expediente de hablar con los candidatos en tono parentorio.

—María, te casarás con Pedro.

—Sí, señor —era siempre la respuesta.

Hacía luego llegar hasta su hamaca a Pedro y le hablaba en iguales términos. La respuesta era la misma:

—Sí, señor.

Por todo ello, por sus posesiones, por su salud, por su independencia; porque le llamaban *amo*, *patrón* y *señor*, Felipe se sentía agradecido de la vida. Y no tenía otra manera de manifestar su agradecimiento que viviendo plenamente, con todas sus fuerzas, con todos sus sentidos, y aún cuando ya le blanqueaba la cabeza, no lo rendían los excesos. Ahora mismo pensaba en viajar a Europa donde su hijo habría de servirle de *cicerone*; pero sería después de las bodas de las dos o tres mocitas en que él había ejercido el derecho de pernada en los últimos meses. Antes no, y por eso había que apresurarlo todo. No era que le importaran

mayor cosa; casi nunca poseía más de una vez a esas jóvenes—lo suficiente para que perdieran su virginidad—,y en realidad no le preocupaban nada; pero, para él, casarlas era también parte del juego.

o O o

Al llegar Felipe al rancho, el viejo estaba afilando el machete de trabajo. El viejo bien sabía el motivo de la visita desusada; pero nada revelaron sus arrugas bronceadas y sudorosas. Felipe ignoraba el nombre de la muchacha y se limitó a preguntar.

—¿Está tu hija, Manuel?

Suspendiendo el experto ritmo con que afilaba el instrumento de trabajo y de venganza, el viejo se había puesto de pie en respetuosa expectativa. Sí; bien sabía a qué llegaba el amo: Aquella barriga incontenible de su hijita llamaba a matrimonio, y el patrón, padre común y atento, vigilaba por la felicidad de sus siervos.

—No, patrón; no está la niña...

Y no dijeron más. Felipe dio la vuelta en su caballo y se perdió en las veredas.

Manuel ya había hablado lo necesario, aquí y ante un tribunal de primera y de última instancia que creyó conveniente: unas semanas atrás, pretextando cualquier cosa, envió a su hijo a la capital y lo hizo llegar hasta el Palacio del Presidente donde, aprovechando una de esas audiencias públicas en que los ciudadanos de condición humilde exponen sus problemas, había contado todo a un Secretario de la máxima autoridad del país. Era una queja insólita, y por vías insólitas sería satisfecha. El Señor Presidente le había mandado a decir que también él callara, que no mencionara nada, que no protestara y menos que fuera a tomar una determinación violenta. Manuel tenía fe en el Señor Presidente, en cuyas manos quedaba ahora la honra de su hija y la honra de docenas de hijas de otros rancheros. Por eso, al llegar Felipe al rancho, ni una arruga se había movido, ni un gesto había delatado la trama en que ya el Primer Magistrado de la Nación era personaje. Y por eso respondió tranquilamente, sencilla y humildemente, como acostumbrara hacerlo desde su niñez, como aprendiera hacerlo de sus padres.

Cuando Felipe leyó el cordial telegrama firmado por el Señor Presidente, hizo un gesto tranquilo y sencillo, como acostumbrara hacerlos desde su niñez, como aprendiera a hacerlo de sus padres. Era él miembro de una familia prominente, y el trato con las altas autoridades del país le era habitual. Felipe consideraba eso como muy natural, puesto que algunos otros miembros de su familia habían sido ministros de estado, magistrados y embajadores, y toda campaña política previa a las elecciones contaba siempre con su participación en la forma indirecta de una crecida suma de dinero para el candidato de mayores posibilidades, escogido de una planilla por medio de los votos de su familia y de otras familias como la suya, en una cínica pre-elección donde también se sopesaban las inclinaciones de algunos altos oficiales del ejército y algunos miembros de la jerarquía eclesiástica. Estaba, pues, acostumbrado al trato con los presidentes, a quienes en cierta forma y con razón consideraba como los vigilantes de sus intereses, como la última instancia —si no la única— para dirimir sus querellas.

No le sorprendió a Felipe el telegrama presidencial. Muchas veces los había recibido antes para recepciones, banquetes, condecoraciones e, incidentalmente, para dar consejo y asesoría al Señor Presidente sobre el mercado de café o el salario campesino.

Sospechaba que de algo de eso se trataba ahora, y aún cuando él tenía algunos años de estar retirado de la vida palaciega —que le aburriera por provinciana, pues se había habituado también a los grandes centros urbanos—, era lógico el pensamiento de que esa invitación a conferenciar con el Jefe del Ejecutivo podría ser para pedirle consejo en relación a la reforma agraria, instarlo a formar parte de alguna delegación que viajaría al extranjero, o pedirle contribución para alguna de esas cosas que los presidentes se inventan para mantener contento al pueblo, como seguro social o descanso semanal reenumerado. Sería un viaje de tres o cuatro días, considerando la infaltable parranda con los amigos y alguna que otra aventura inesperada. No le divertía precisamente, pero no podía negarse a la solicitud presidencial, por más que sostuviera que ese Presidente —con fama de hombre fuerte, y hasta calificado de tirano por algunas publicaciones extranjeras— no llenaba las condiciones necesarias para gobernar por su centralización, por su apego a lo mínimo, por sus discursos demagógicos, por su evidente izquierdismo que le llevaba a cada

rato a hablar en tribunas improvisadas durante sus jiras al interior de la República.

o O o

Cuando Felipe, cargado el “jeep” con las maletas, salió a la carretera que cruzaba la finca a dos pasos de la casona, en doble fila los mozos levantaron los brazos, el sombrero en la mano, para dar la despedida al señor y desearle buen viaje. Así era siempre al partir, y así era al volver después de las normalmente cortas ausencias. Esta lo sería: tres, cuatro días en la capital, y vuelta a la heredad.

El vehículo levantó una nube de polvo, sonó el “claxon” para espantar algún perro, y se perdió en la polvareda. La doble fila de mozos calzó el sombrero ancho, bajó el brazo y volvió la vista y el músculo al trabajo.

o O o

La única de sus propiedades en la capital que, al pensar de Felipe, reunía condiciones para ser su residencia, la había dejado en manos de su ex esposa y aunque no lo lamentaba sí lo obligaba a buscar hotel para sus incidentales presencias en la ciudad. Naturalmente buscaba el mejor hotel y, dentro de éste, la mejor “suite”. Eso le daba independencia y bien podía ir al “night club” de la terraza, tomar unas cuantas copas y regresar a su apartamento ya del brazo de la “vedette” de turno. Era el plan de siempre, el programa acostumbrado.

Recién llegado al hotel descansó un rato, se afeitó, se bañó, se puso un traje oscuro y subió al “night club”. Tenía tiempo de sobra para todo, pero no deseaba llegar al extremo de la borrachera porque tenía cita al día siguiente, a las nueve de la mañana, con el Señor Presidente. De manera que fue parco. Cenó bien, con apetito; bebió unos tragos, vio la “variedad” y examinó las figuras femeninas.

—Mañana será —se dijo al bajar a su cuarto cerca de la media noche.

Por la mañana, unos minutos antes de las nueve, estaba en Casa Presidencial entregando su tarjeta al ordenanza uniformado, que la recibió con un gesto de respeto. Felipe no dijo mayor cosa

y se dedicó a pasear la vista por los largos corredores, por el patio sombreado donde empezaban a construir en esos días una fuente circular; por los faroles del alumbrado, por las arañas de cristal, por la humanidad de algunas de las personas que transitaban dentro del edificio. El ordenanza lo invitó, con una pequeña inclinación y un amable gesto del brazo, a tomar asiento en la sala de espera. Felipe odiaba profundamente las salas de espera; no habían sido hechas para él sino para gentes anónimas, para rostros desconocidos. Pero no podía hacer otra cosa, y la seria mirada del oficial de guardia lo acabó de convencer de que lo normal era esperar sentado. Aún cuando no dio la cara a ninguno de los que, también sentados, esperaban, sintió por un momento que todas las miradas convergían a él y que algunos lo saludaban, sin que por eso se sintiera obligado a responder el saludo. Fijó los ojos a través de la ventana, y comenzó a esperar.

Media hora más tarde regresó el ordenanza para decirle que había entregado su tarjeta.

—Bien —dijo Felipe, y siguió esperando.

Un rato después comprobó que su reloj marcaba las diez de la mañana; se sintió incómodo y se puso de pie. A cortos pasos comenzó a recorrer la estancia, siempre sin prestar atención a las caras de los anónimos, caras que, para su sorpresa y desagrado, iban desapareciendo poco a poco a medida que eran llamados por el ordenanza para la celebración de la cita concertada. Felipe miraba con más frecuencia su reloj, extrañado y molesto de que el Señor Presidente no lo hiciera pasar a su despacho inmediatamente. Pasadas las doce, cuando ya se había quedado solo en la sala de espera, llegó de nuevo el ordenanza.

—Don Felipe, dice el Señor Presidente que perdone por haberlo hecho esperar tanto, pero que tiene una junta urgente; que como es tarde no lo podrá recibir ahora; pero que mañana sí lo recibirá con mucho gusto; tenga la amabilidad de estar mañana aquí a la misma hora.

—Bien —repitió Felipe, y se marchó dejando traslucir lo mucho que le había molestado la inútil espera.

o O o

Por la misma vereda que utilizaba su hija para ir al pozo,

llegó Manuel a la casona del patrón, so pretexto de solicitar una chuchería.

El administrador era ahora el amo; o, mejor, *se sentía* el amo. No había en el cuasi feudo, en ausencia del propietario, una mayor autoridad. Felipe no había delegado en él expresamente sus facultades; pero el administrador, por propia iniciativa, actuaba como un co-propietario. Lo que el viejo peón solicitaba no era nada importante sino mero pretexto: Llegaba simplemente para enterarse de la fecha en que regresaría Felipe y, acaso, del curso que tomaban los acontecimientos. El administrador fue terminante en su respuesta.

—...Bien sabes que no puedo en ausencia de don Felipe. Hace cuatro días que se fue; ha de volver mañana.

—Está bien, señor —respondió Manuel respetuosamente.

o O o

Felipe miraba trabajar a los albañiles en la construcción de la fuente ornamental en el centro del jardín de la casa de gobierno. No era que se recreara en ello o que hubiera encontrado un punto de interés realmente extraordinario para observar, sino que, para no mezclarse con las gentes humildes y vulgares que esperaban en la sala, se había ido quedando en los corredores, siempre bajo la mirada vigilante del oficial de guardia, pero ya con su anuencia.

Los obreros colocaban ladrillos en la construcción, la que crecía y tomaba forma poco a poco. Ligeros en su ropa de trabajo, hacían bromas menores —siempre en consideración del sitio en que trabajaban— y de cuando en cuando volvían la vista a Felipe, el que se hacía el indiferente. Llevaba ya veinte días en esa rutina, y aun cuando el tiempo no le importaba, insistentemente miraba el reloj, con más frecuencia cuando se preguntaba las razones del llamado presidencial. Porque había llegado a la conclusión de que no era para consultarle en relación a los precios del café ni para pedirle asesoría sobre la legislación laboral campesina. Era otra cosa. Y esa *otra cosa* le intrigaba, le llenaba de aprensión. Sabía que su ausencia de la hacienda, por ser breve, no provocaría mayores desórdenes; pero él había organizado en forma tan centralizada las operaciones que la menor de las decisiones, la más pequeña de las iniciativas, tenía que ser consultada con él, lo que

había redundado en un debilitamiento del carácter de sus empleados. El administrador, hombre crecido al servicio de su familia, tenía facultades para tomar decisiones menores, excepto cuando él expresamente, por algún raro viaje de varios meses, las delegaba más amplias. Por fortuna no era tiempo de cosecha y por tanto su ausencia no sería necesariamente pernicioso; pero sus planes habían sido hechos en base a una ausencia de tres o cuatro días, y esos cuatro días se habían cumplido con exceso.

Felipe oyó el silbato que el caporal de las obras utilizaba para indicar a los albañiles que era mediodía, y maquinalmente miró su reloj. Eran, en efecto, las doce meridiano. Los albañiles se retiraron a comer; a las dos de la tarde volverían para cumplir la segunda parte de la jornada. Al ver Felipe que el ordenanza uniformado se le aproximaba, sabía de antemano que el recado era el mismo.

o O o

Cuando ya el embarazo de su hija había llegado a su plenitud máxima, y cuando tanto se hablaba ya en la hacienda sobre la paternidad del patrón y su inexplicable ausencia, decidió Manuel emigrar a otros rumbos. Hacía seis meses que Felipe estaba ausente y poco a poco los empleados de la hacienda fueron tomando conciencia de que las cosas estaban en sus manos, de que podían disponer de ellas a su antojo, con la seguridad de que no habría reclamos por el momento. Fue notorio que el administrador, en plena cosecha, negoció varios centenares de sacos de café “en uva” sin dar cuenta del dinero, aparte de la venta de implementos y cabezas de ganado. Declinaba la propiedad y eso, paradójicamente, llenaba de pena a Manuel; pero la certidumbre de que su queja al Señor Presidente era la que determinaba la ausencia obligada de Felipe, impulsaba al viejo campesino a tomar otros rumbos. Ignoraba qué medidas, qué sanciones estaba imponiendo el Señor Presidente al hombre que había violado a su hija; pero, fuera lo que fuera, para Manuel sería excesivo.

o O o

Felipe había enviado por sus pertenencias y de cuando en cuando se comunicaba con su administrador. Los reportes que éste daba eran siempre tranquilizadores, haciendo incapié sobre la bue-

na marcha de los negocios. Pero Felipe sabía que no era así, y trató, meses atrás, de que el Señor Presidente le permitiera normalizar su empresa, no obteniendo sino la misma respuesta por interpósita persona: que le esperaba mañana a la misma hora...

Consultó con sus amigos y con abogados, en entrevistas furtivas, y aun cuando no sacó nada en claro sobre la obligatoriedad de su presencia en la capital, sí quedó con la sensación de que marcharse no era sólo impropio sino también peligroso. Sabía que agentes policiales en traje de paisano le vigilaban a toda hora, los que sin duda alguna le impedirían cualquier intento de fuga. Muchos miles de pesos le costaba ya el deseo presidencial; su sistema nervioso estaba destrozado; mas no podía marcharse, y seguía concurriendo todas las mañanas, a las nueve, a la cita...

o O o

Al cumplir el año de sus citas fallidas, Felipe estaba más decidido que nunca a exponer al Señor Presidente su deseo de borrar con un matrimonio singular la falta cometida, cuya gravedad, para Felipe, no residía en su comisión sino en haber sido pillado. Había platicado al respecto con sus amigos y hasta, en una curiosa extroversión, algo también había expuesto al ordenanza, con la remota esperanza de que aquella insignificante pieza de la maquinaria gubernamental influyera en su caso; temiendo, sin embargo, que éste nada pudiera decir al Primer Magistrado, había decidido escribir una carta. Así lo hizo y llegó esa mañana con una misiva cuya redacción le consumió el sueño de la noche anterior. Entregó la carta al ordenanza con ruegos de hacerla pasar al Señor Presidente, y se quedó esperando más nervioso que nunca. Tuvo la precaución de hacer llegar una copia de la carta a la hacienda para que le fuera entregada a Manuel, también con la esperanza de que el peón intercediera.

A cortos pasos recorría la sala de espera, donde tanta gente anónima leía los periódicos y comentaba en voz baja sus asuntos. Llegó a los corredores y desde allí se quedó viendo largamente las columnas de agua de la fuente del patio, que subían y bajaban formando deliciosas figuras con no menos delicioso murmullo. El suave ruido del agua le propiciaba el ensueño de que podría resolver su problema gracias a la carta. Si se casaba con esa chica—lo cual no lo arredraba ya— lograría deshacerse de ella por me-

dio de algún ingenioso expediente, y hasta pensaba en regalarle alguna finquita para que quedara satisfecha. Luego él partiría, probablemente a Europa, donde habría de pasar muchos años para olvidar aquel infierno y esperar a que ese Presidente fuera derrocado.

A las once de la mañana el ordenanza se acercó a él para decirle que su carta había sido entregada al Señor Presidente. Eso lo tranquilizaba un tanto, porque de seguro el plan sería aceptado. ¿O no era un gran sacrificio para él y un gran negocio para la campesina, cuyo nombre todavía ignoraba?

A las doce vio, como había visto por todo un largo año, salir a los empleados de Casa Presidencial. Algunos lo saludaron como a viejo conocido —“Adiós, don Felipe”, “buenas tardes, don Felipe”—; él contestaba los saludos no sólo porque ya se sentía como advenedizo en aquel ambiente, sino para evitar las murmuraciones a que su presencia daba lugar desde hacía meses.

Cerca de la una de la tarde, cuando él ya estaba solo en la sala de espera, se le acercó el ordenanza.

—Don Felipe, traigo un recado para usted. . .

Felipe no dijo nada. Simplemente se puso de pie, viendo a los ojos del hombre en tensa actitud de espera y latiéndole el corazón a un ritmo desusado.

—Dice el Señor Presidente que leyó su carta. . .

Felipe, mientras tragaba grueso, apenas hizo un gesto para apresurar el recado.

—Sí; que leyó su carta. . . y que le espera mañana a la misma hora.

El ordenanza bajó la cabeza y Felipe sonrió amargamente, mientras se le moría el ensueño.